

de la Madrota— que existen sólo como mención verbal. El léxico rico hace que la tensión del relato se diluya en mera admiración por el cómo se va construyendo. Las palabras son fines en sí mismas. Más que conllevar una significación, fuerzan a tomarlas una a una, anulando las posibilidades semánticas de la novela. El desenlace resulta forzado, traído más que por necesidad interna de la realidad de ficción, por afán de castigar al responsable de tanto horror. La segunda es *El Señor Presidente*, de Miguel Angel Asturias, concluida en 1932. También aquí nos encontramos con residuos de agonía romántica: Cara de Angel es “Malvado y bello como Satán” (p. 41). Y el horror que traspasa cada una de sus páginas, en buena parte es herencia suya. La prosa de Asturias, si mucho más fuerte que la de Valle, también nos enreda en su sortilegio, poniéndose entre nosotros y la acción a cuyo servicio debe estar. Una y otra progresan de manera acezante, cada episodio tiende a la autonomía, cada párrafo, por la perfección de las palabras, tiende a desgajarse y exige, perentorio, una atención exclusiva.

En la novela de Lafourcade, al revés, el lenguaje es el vehículo que nos lleva, veloz, por la materia épica. Es escueto, preciso, duro, eficiente.

Al respecto, decía Hermann Broch, del “estilo mítico”, que debía “describírselo como una especie de *abstracticismo* en que la expresión depende cada vez menos del vocabulario, que se reduce al fin a sólo algunos símbolos primarios, y cada vez más de la sintaxis”. Es decir, del recodeo léxico al servicio de una significación.

Materia y manera, pues, conforman en *La Fiesta del Rey Acab* algo más que un “entretenimiento” al modo de Graham Greene o que una novela de acción al modo de Eric Ambler. Producen un libro esencialmente moderno. Y de significación tal, que podrá ser leído con igual interés en cualquier parte de Occidente donde exista inquietud por la literatura.

RICARDO BENAVIDES LILLO.



*Cuentos de la Generación del 50*, de ENRIQUE LAFOURCADE.

Editorial del Nuevo Extremo. Santiago, 1959

LOS ESCRITORES de la “generación del 50”, que han promovido tantas polémicas públicas y privadas, discusiones, artículos de prensa, foros y entrevistas, han sido ahora antologados por el escritor Enrique Lafourcade, celebrado autor de “Pena de muerte” y “Para subir al cielo”, para demostrar a los que

les niegan importancia o pretenden ignorarlos, de lo que son capaces en el difícil género del cuento.

¿Cuáles son los rasgos peculiares de esta discutida y diferenciada "generación del 50"? Según Lafourcade, en su pedantesco prólogo a su "Antología del cuento chileno" (Editorial Zig-Zag, 1954), entre otros, son los siguientes: "Es una generación abierta, sensible e inteligente". "Gran parte de ellos siguen carreras universitarias", "Pretenden realizar una literatura de élite, egregia". "Es una generación culturalmente más amplia que las anteriores". "Es una generación aristocrática, aislada".

Con esos antecedentes, susceptibles de polémica, podemos analizar con más propiedad la obra de los antologados por Enrique Lafourcade, haciendo abstracción, naturalmente, de aquello de que "pretenden realizar una literatura egregia".

"Los muertos en la plaza", de Margarita Aguirre, es un esfuerzo malogrado. El tema social, para poder expresarlo, hay que sentirlo, hay que llevarlo adentro como una bandera desplegada o haber sentido alguna vez, en carne propia, el latigazo de la injusticia. Muy poca cosa para una antología.

Guillermo Blanco, con su "Adiós a Ruibarbo", alcanza una plenitud conmovedora, un estilo hermoso y depurado, que caracteriza a la mayor parte de su obra literaria. "Un recital memorable" de Armando Cassigoli, revela espíritu de observación, pupila realista, talento de escritor, pero carece de atractivo. Oscila entre el género humorístico y dramático. No convence. José Donoso, en cambio, en "La puerta cerrada", capta la atención del lector, lo atrapa desde las primeras páginas. Es un cuentista y un novelista de garra, que domina su oficio sin esfuerzo, que penetra en la médula de las cosas con certero instinto de escritor. Sebastián Rengifo, el abúlico protagonista de "La puerta cerrada", es un personaje inolvidable.

"A la deriva", de Jorge Edwards, no nos convence. Más que cuento, nos parece la descripción de un estado de ánimo. Mario Espinoza nos ofrece un cuento que reúne las condiciones que exigen ciertos críticos: exposición, nudo y desenlace. Su "H. M." tiene un final sorpresivo, de acuerdo con los preceptos literarios de Alone y la técnica ejemplar de Maupassant.

La nueva generación de escritores está incursionando con éxito en el cuento psicológico, en el análisis de los complejos adolescentes. "Extraña es tu noche, Josué", de Pablo García, pertenece a ese género. Es un tema antiguo, pero tratado en forma novedosa, con nueva sensibilidad, con sabor a cuadro abstracto o música compleja.

María Elena Gertner, la discutida y celebrada autora de "Islas en la ciu-

dad", nos ofrece un cuento que participa en cierto modo de la técnica teatral: "Juego de salón". La autora, evitando las descripciones, comienza su cuento con un diálogo y luego introduce nuevos personajes. Es una digna y valiosa representante de la "generación femenina del 50".

"Miguelito", de Luis Alberto Heiremans, nos parece un verdadero acierto humano y psicológico. Es un personaje inolvidable, arrancado a la vida cotidiana. Heiremans, evidenciando valiosos recursos de escritor, le ha introducido a su cuento un clima de suspenso, de misterio, que intriga al lector y al final lo deja meditando.

Alejandro Jodorowsky, en cambio, nos ofrece un cuento plúmbeo y desconcertante: "Zipelbrum". Afortunadamente, es breve. No olvidemos que "antología" significa "conjunto de trabajos literarios selectos". Estamos seguros que el antologador pudo escoger un cuento más representativo de este joven escritor.

Enrique Lafourcade, el autor de esta "Antología", se incluye con "La muerte del poeta". Es un cuento en clave, en que la aguda e incisiva pluma del autor de "Para subir al cielo" satiriza la sumisión de algunos escritores hacia sus guías literarios. Jaime Laso, el justamente celebrado autor de "El cepo", se hace presente con "El hombre que no supo decir no". Más que cuento, es una especie de parábola laica, que demuestra profundo conocimiento de ciertas obscuras facetas del alma humana y hondo desaliento frente a la realidad del hombre y su destino.

Con Enrique Lihn y su "Agua de arroz", nos volvemos a encontrar con el cuento psicológico. Lihn, utilizando un lenguaje desarticulado y recursos de estilo personal, nos desconcierta a ratos y nos hace perder el hilo de la trama. Es un cuento interesante, bien escrito, que contiene riqueza de pensamientos, humanos y reveladores, que merece más espacio para comentarlo debidamente.

Enrique Moletto con "El testamento" y Herbert Müller con "El macfarlán" nos confirman lo que hemos dicho sobre otros cuentos de esta "Antología": falta selección. El autor de "Perceval" nada agrega a su merecido prestigio con su breve cuento "El macfarlán", con atisbos humorísticos que no alcanzan plenitud.

Waldo Vila, que demostrara valiosas cualidades con su hermoso volumen de cuentos "Un día antes del viento", ha sido antologado con "El juego de papel", cuyo protagonista es un niño golpeado por la realidad hogareña. Estilo depurado, interés, equilibrio y emotividad, caracterizan al cuento de este autor, digno representante de la discutida generación.



El protagonista de "Primera muerte", de José Zañartu, es otro niño, objeto de interesante observación y estudio entre algunos escritores. José Zañartu, que carece de antecedentes literarios, nos parece un autor de aguda penetración psicológica.

Estos son, en apretada síntesis, los diecisiete autores incluidos en esta "Antología". Llama la atención la ausencia de Claudio Giacconi, de quien dijera Lafourcade en su "Antología del nuevo cuento chileno" que era "uno de los más extraordinarios cuentistas chilenos" que integraron esa selección.

Es digno de observarse el hecho que de los diecisiete antologados, nueve de ellos tienen apellidos extranjeros: Cassigoli, Edwards, Gertner, Heiremans, Lafourcade, Lihn, Moletto y Müller. Es el valioso aporte de la sangre extranjera a la literatura nacional, fenómeno digno de considerarse por su significación en las letras chilenas.

Se observa, a través de la mayoría de los cuentos de esta "Antología", riqueza de emoción y vida interna, vivencias que afloran a la superficie envueltas en una leve o espesa niebla de misterio. Los escritores de "la generación del 50" se han olvidado premeditadamente del paisaje y el escenario ha sido reducido a la ciudad, a un cuarto o a la introspección personal.

Nos encontramos, pues, ante una valiosa y categórica demostración literaria de algunos jóvenes escritores. No son ellos una promesa: son una realidad. La "generación del 50" existe. No es posible negarla, ignorarla o disminuirla. No olvidemos que son ellos los que tienen una gran responsabilidad: continuar y si es posible superar la magnífica trayectoria de los escritores chilenos en el panorama literario continental.

GONZALO DRAGO.



*Sangre de Murciélagos*, de JUAN GODOY.

Prensa Latinoamericana, 1959

ESTE LIBRO podría compararse con un corte quirúrgico, inquisitivo y algo masoquista, hecho con mano temblorosa —como la de quien abre heridas a su propio cuerpo para encontrar y atacar el tumor que lo agobia—, en uno de los nudos vitales más preñados de significaciones y, a la vez, menos entendidos que es posible hallar en la existencia de numerosos intelectuales y artistas. La enajenación, la alienación que de sí mismo se ve obligado a realizar el ser que, por su ingenio o adiestramiento, cumple funciones creadoras en nuestros países o, por lo menos, funciones expresivas de una sensibilidad es-